

Es posible otra Universidad

Más de cien centros forman profesionales, pero en ellos no se hace ciencia, investigación básica

Amando de Miguel
/Francisco José Alonso

Confundidos con las politiquerías y los fulanismos, queda lejos del debate público la imperiosa necesidad de que España debe empezar a contar con universidades como Dios manda. Después de todo, España fue uno de los primeros países en erigir universidades en la Edad Media. Sin embargo, hemos llegado a una situación tan degradada en la que, a pesar de contar con cien universidades, realmente no pasan de ser colegios universitarios. La diferencia está en que sirven, mal que bien, para formar profesionales, pero en ellas no se hace ciencia, investigación básica. Hay que pasar urgentemente a ese estadio más avanzado. No olvidemos que ha sido el rasgo distintivo de la cultura europea, ahora occidental.

Se dirá que España es un país modesto que no puede aspirar a competir con Estados Unidos, Alemania, Reino Unido y otros países punteros en el campo científico. Es cierto, hay que ser realistas. Pero ahí tenemos al pequeño Israel, con un tamaño comparable al de algunas comunidades autónomas españolas, en el que se alojan media docena de universidades prestigiosas con docenas de premios Nobel.

Cierto es que en España tenemos varias escuelas de negocios (con distintos nombres), que están en el grupo de las más afamadas del mundo. Pero son privadas y sobre todo se refieren también a formar profesionales, no a hacer avanzar el conocimiento.

Lo que aquí se propone es una verdadera revolución, pues implica volver a poner en el centro de atención los valores de la curiosidad científica y del esfuerzo

Las verdaderas universidades que se precisan en España abarcarían todas las disciplinas de Ciencias y Humanidades. La selección de estudiantes y profesores se haría por estrictos criterios de mérito y dedicación, por vocación hacia un empeño de hacer avanzar el conocimiento. No podrían ser más de media docena por razones de coste, pero constituirían la mejor inversión económica y cultural a largo plazo. Un requisito imprescindible es que pudieran dar cursos regulares algunos profesores extranjeros, en castellano o en inglés. Los alumnos tendrían que dominar esos dos idiomas, aparte de otros complementarios. Muchos alumnos serían becarios, pero la condición para mantener tal privilegio sería la exigencia de superar las pruebas con el equivalente de «notable». La condición de alumno implicaría desde el principio el trabajar en proyectos de investigación. Los egresados de esas universidades se dedicarían fundamentalmente a la enseñanza superior y a la investigación.

Lo que aquí se propone es una verdadera revolución, pues implica volver a poner en el centro de atención los valores de la curiosidad científica y del esfuerzo, ahora tan preteridos en las universidades españolas. Los rectores de esas nuevas universidades serían contrata-

dos por el patronato correspondiente, el encargado también de allegar recursos económicos del mundo público y del privado. Los rectores y otros directivos no tendrían que ser necesariamente catedráticos, ni siquiera españoles.

Hay que anticipar la crítica al proyecto anterior: es elitista. Naturalmente, tiene que serlo. El avance del conocimiento en todos los campos es cuestión de minorías bien preparadas y exigentes. Se comprende que, con tal exigencia, el número de verdaderas universidades no puede pasar en España de la media docena.

Hoy día hay una aceptación generalizada por los expertos en educación en España que afirman con toda la rotundidad que «las universidades hoy en España no responden a las necesidades de la sociedad española en el siglo XXI». La educación que se imparte hoy en las universidades así como la fecundación de nuevos conocimientos claves para el futuro de las sociedades desarrolladas están de espaldas a las necesidades del aparato productivo. Las universidades son clave para la formación de buenos profesionales, buenos investigadores para dar satisfacción a las necesidades que necesita hoy la sociedad.

Uno de los problemas graves que reconoce cualquier estudioso de la problemática de nuestras universidades es el bajo salario y la baja estima que la sociedad da hoy a los profesores universitarios, todo lo contrario que en los países desarrollados. La pregunta, sin comprometernos con la respuesta que dejamos para los expertos y políticos, sería: ¿Existen medios e interés para solucionar la problemática que viene arrastrando la Universidad en España?

EL HUMOR DE ÁLVARO

